

EL POETA TOLEDANO JOAQUIN BENITO DE LUCAS

BENITO DE LUCAS, JOAQUIN: *Antología poética*. (Prólogo de José Hierro). Ediciones INDEC. Madrid, 1984.

Puede que la poesía lírica sea siempre historia de los años del poeta, como quiere Joaquín Benito de Lucas al ordenar una antología de sus siete libros, publicados en el lapso de unos veinte años. El poeta toledano ha decidido agrupar algo más de medio centenar de piezas amparándolas bajo las motivaciones de «Meditación», «Añoranza», «Amor» y «El Oriente». Tiene razón José Hierro, en su penetrante prólogo, al notar que hay cierta incoherencia en la clasificación, puesto que, en efecto, si meditar, añorar y amar son estados de ánimo: lírica intimista, por ende, hablar del Oriente es marcar un espacio físico: lírica descriptiva, en último término, por más que el poeta, en algunos poemas de la serie, contemple ese espacio con el reflejo de su vida personal. Es posible que para el lector desembarazado de pruritos críticos —que es el deseable— esta distribución temática sea más sugestiva que cualquier otra. Pero quien pretenda —con mayor o menor fortuna estudiar al poeta, creo yo que hará mejor camino si jalona por fechas las respectivas apariciones de los libros.

Las tentaciones, libro juvenil, nos ofrece una lírica espontánea, teñida de romanticismo algo becqueriano, cernudiano a veces, en la contemplación de las nubes que pasan o en la melancólica espera del alba. Hay ruinosas mañanas, abismos de sombra, bosques de tristeza y otras imágenes taciturnas. Hay un prematuro sentimiento de vejez («perdida con los años la antigua ligereza»). Y hay una afición por lo exótico, en imágenes descriptivas que buscan captar el alma oriental, con leves caídas en alusiones convencionales: el sueño, el desierto, las noches estrelladas, y con el acierto del uso de voces de estirpe árabe, como **gacela**, sin que resulte baladí su doble valor de fino antílope y de poema erótico. En esas descripciones, el poeta echa

mano de un verso de Shakespeare, usado ya por Celaya como título: «lo demás es silencio». La grata musicalidad del verso romanceado, de heptasílabos y de endecasílabos en esquemas que se rompen heterométricamente, colabora a la eficacia del poema.

Poco más adelante, en el libro **Plancton**, sin perder el fondo romántico que rinde expreso homenaje a Bécquer, asegura el poeta su voz y se centra en una humana inquietud frente a la existencia, zozobrando entre la realidad y la ilusión. Quizá vivir sea soñar, calderonianamente, y los sueños sean un agua donde flota lo que llamamos vida; de ahí el título zoológicomarino. Los motivos directos: barcos, oleajes, noches... no son sino símbolos de un mundo soñado o de una ilusión sostenida. Todo «sombras de sueños», según expresión que nos recuerda a Unamuno. La forma gana perfección: un alejandrino asonantado, a la vez que aparece el verso libre y el encabalgamiento se utiliza sin vacilar en realizar sus cortes sobre conjunciones y otras partículas unitivas. Pero quizá la mayor novedad sea la incorporación de los temas literarios —en este caso, Don Quijote, «al sol de Castilla la Nueva»— como soporte de motivos propios del poeta: la disyuntiva vida-ilusión, trasladada al personaje.

Memorial del viento —otra referencia clásica— hace más serena la contemplación de otoño-vida. Los últimos días del verano son aquí simbólicos y la esperanza toma forma de golondrina migratoria. Gana plenamente terreno el verso libre para dar forma a una suerte de poema narrativo, en el que sucesos exteriores sirven para inferir convicciones sobre la propia existencia. El viento no barre las cosas: deja su memoria porque «olvidar no es sencillo», las heridas se curan, pero «la cicatriz queda en su sitio». Esa poesía de lo exterior —exterior interiorizado luego— trae descripciones de lugares con los que vuelve el gusto por lo oriental.

Ante otros lugares había sentido el poeta joven la extrañeza: «¿por

qué he venido yo aquí?», se interrogaba en **Materia de olvido**, evocando lejanas ciudades desde la orilla del río de su infancia. Y los recuerdos de un amor adolescente, se aliaban a la lluvia. La niñez, la casa familiar, los amigos, se hacen materia de recuerdo y no de olvido en unos conmovedores poemas. Es una zona de ternura que choca con la amargura de una experiencia fuera de España, en una región europea carente de la luz y de la tibieza que siente el poeta latir como diluidas en su sangre. Son poemas de un destierro que se conlleva con dificultad.

Va pasando Benito de Lucas de una poesía espontánea y sentimental a una poesía reflexiva y culta. La reflexión le llega de la vida misma, con el paso del tiempo. La cultura es un aporte por vía literaria —otra forma de vivencia— que se apuntaba con el tema de Don Quijote utilizado como sustento de su personal primacía de la ilusión sobre la realidad. Cuando apareció el libro **Antinomia**, tuvo ocasión de señalar cómo en sus poemas se enfrentan realidad y representación. La simbología amorosa se toma de la tragedia de Calisto y Melibea. El romanticismo —ya hemos constatado su acusada huella inicial— llega ahora desde Shelley y no anda lejos una corriente alexandrina —los **Diálogos del conocimiento** y el sentido del amor como destrucción—, sin que falte un ingrediente machadiano del amor en el recuerdo, tras el olvido del objeto amado.

Mucho camino ha recorrido el poeta hasta llegar a este **campo** que no es de pluma, como en la octava de Góngora, sino de su parónimo **espuma**. El amor es espuma en un mar con oleaje de misterio. La amada y el mar se funden en una sucesión de imágenes. Misterio del mar, misterio de la existencia, misterio del amor. En el eterno tema, Benito de Lucas logra una expresión personal. La espuma, con su tácita evocación del cuerpo de Venus; el humo de los besos, como rastro de un fugaz incendio; la pasión erótica, como nido de tormentas. Y, al fondo, un ruido más oculto que el del mar.

Esta es la experiencia —la historia de unos años— de un poeta que no renuncia a la emoción en aras del mero lenguaje brillante, sin abandonar el esmero de éste y aunque esa emoción nazca tanto de una experiencia elemental cuanto de una experiencia conducida por la cultura. ●

Leopoldo DE LUIS